

barse mi razón; pero yo vencí al infierno y sus lavas. Púseme á trabajar seriamente para instruirme por mi propio bien, levantando mi carácter con los sanos alimentos del espíritu. No cesaba por eso de velar por mi desdichada compañera; la cuidaba como á una enferma, asídua y concienzudamente, y con alternativas de indulgencia y severidad, segun yo apreciaba la oportunidad de uno ú otro método. Tenia á veces necesidad de que se la regañara como á un niño, para evitar que se exasperara. Otras veces, habia necesidad de dejar que pasara la crisis. Con estos paliativos íbamos ganando tiempo. Yo esperaba de continuo que el tiempo, es decir, la edad, traería la calma. Pasóse así un año.

XLIII

CUARTO día, me pareció verla sombría y distraida; al día siguiente y el subsiguiente, me lo pareció aún más. Ella estaba, sin embargo, bien, relativamente. Propúsele una excursión para distraerla, y, contra mis esperanzas, aceptó la proposición sin discutirla. Partimos, pues, en un calesín, con un solo criado que gobernaba un buen caballo. Descendimos por la vertiente de los Alpes italianos. Continuó ella triste y absorta, pero más suave, y despues de tres días de paseo sin fatiga y sin emoción, volvió á casa sin placer ni disgusto aparentes. Recogióse temprano al estar de vuelta, sin que nada pudiera ponerme en cuidado. Yo me acosté igualmente en el cuarto situado sobre el suyo. Era la casa alta y estrecha, y distribuida de manera que nuestros cuartos no podían estar contiguos.

Hacia algun tiempo que su humor distraido y fantástico no me habia dejado la menor tregua, así fué que me dormí profundamente aquella noche.

Por la mañana, cuando el primer rayo de sol vino á blanquear las cortinas de mi alcoba, levantéme segun tenia por costumbre.

Felicia madrugaba ordinariamente más que yo, pues se levantaba con el alba. Quedé sorprendido al bajar sin oír el menor ruido; aproximé el oído á la cerradura; oí su respiración más regular y fuerte que de ordinario. Era señal de un sueño reposado. Retiréme sin hacer ruido y me bajé al jardín. Poco despues ví pasar el anciano médico que comenzaba su ruta cotidiana. Le llamé, y estuvimos hablando de la salud de Felicia. Aprobóme lo del paseo, aconsejándome la repetición de semejantes excursiones. La habia visto hacia algunos dias, y la encontró muy bien. Creí deber decirle, sin embargo, que estaba más triste que de costumbre y como indiferente á todo lo que de ordinario gravitaba sobre ella. Hícele observar igualmente que sus ventanas permanecian cerradas aún. Era la primera vez que la habia visto dormir hasta tan tarde. En fin, le supliqué que atara su caballo á la puerta y esperase conmigo un poco hasta que mi mujer estuviera visible, y él consintió.

Pasóse como media hora, durante la cual estuvimos hablando de ella.

—Habeis seguido mi consejo, me dijo Morgani; habeis, por uno ú otro medio y bajo no sé qué pretexto,—que no me atañe—impedido la vuelta de Tonino; habeis hecho bien. Este truan le ha dado muchísimos disgustos, y si no hubiese sido ella una mujer tan fuerte como es, hubiera podido acarrearle grandes males. Ahora, todo marcha; está tranquila, como veis, y duerme de mañana. Os parece abatida; es ello el descenso de la actividad febril. No debeis, pues, inquietaros; la habeis cuidado y tratado con inteligencia y cariño. Vuestro trabajo no habrá sido efímero, y pronto recogeréis el fruto.

Así hablaba el médico, mientras Felicia no se levantaba. Admirábase de mi intranquilidad; pero yo le supliqué que esperara. Entré en la casa, subí á llamar á la puerta del cuarto de Felicia; nadie respondió. Los criados alarmados me dijeron que habian ya llamado inútilmente; que el ama estaba encer-

rada; que no dormía, porque habian oido rumor, pero que como no queria contestar á sus llamamientos, no sabian que hacerse.

Derribé la puerta. Felicia estaba sentada en un sillón junto á la mesa, con la cabeza apoyada en ambas manos, y los miembros completamente envarados, tanto, que no pude cambiar su actitud; despues y como por encanto, el cuerpo se ablandó; enfrióse la piel ardiente hasta entonces, dejando levantar la cabeza; abriéronse los ojos, y articularon los labios algunas palabras confusas.

Morgani, atraído por el ruido que hice al derribar la puerta, se abalanzó casi sobre mí, diciendo:

—¡Aire, aire! se está ahogando.

Mientras abria yo las ventanas, Felicia espiraba en sus brazos. El doctor, desatinado, mostróme con un gesto expresivo una carta abierta y un vaso vacío sobre la mesa. Aspiré el vaso; habia contenido láudano. Pasé los ojos por la carta; iba dirigida á Tonino; la tomé, y guardé en mi bolsillo.

Es preciso leerla, me dijo Morgani.

—Como no es para mí.

—No importa, es preciso saber si se ha dado la muerte voluntariamente.

—No hay duda, repuse yo presentándole el vaso; pero no pensemos ahora en esto. Es cuestion de obrar sin perder tiempo; puede que la muerte no sea más que aparente.

Todo fué inútil; Felicia habia muerto. La muerte tiene cierta grandeza sagrada, que borra como un trazo de pluma, las cuentas más difíciles de arreglar durante la vida; siéntese verdaderamente el soplo divino llegar por sí mismo, al realizarse este misterio, que, todo recuerdo terrenal y todo resentimiento se funde y desvanece en el seno del perdón. La muerte trueca

súbitamente en respetable el sér arrancado de los brazos del sufrimiento, pintando con la palidez del ascetismo y la tranquilidad del justo, las frentes devastadas por el vicio sobre las líneas contraídas por el furor. Doblemente culpable así en vida como en muerte, puesto que acababa por el suicidio, yacia Felicia entre blanquísimas sábanas cubiertas de flores, reaparecia tan bella y pura, que besé respetuosamente su frente y sus manos heladas, sin recordar el daño que me habia hecho, ni preocuparme por el que quiso hacerme al quitarse la vida voluntariamente.

Sin duda existia allí un postrero y sangriento reproche que creyó ella deber guardarme. No quise saberlo, no queria yo pensar en ello antes de haber tributado á su cuerpo las honras de la sepultura. Velé su cuerpo junto al lecho fúnebre, impuse silencio á todo grito, á toda duda y á toda manifestacion ruidosa. Morgani me manifestó mucha afeccion y no me abandonó. Preocupábale mucho mi resignacion, temiéndole una reaccion violenta. Temia asimismo otra cosa; cuando volvimos del cementerio, me habló de esta manera:

—No he podido ocultar á las autoridades la causa de esta muerte. No solamente vos, sino cuantas personas rodeaban y servian á esta pobre mujer, están completamente al abrigo de todo supuesto, pues se me ha consentido atribuir la muerte á un ataque de apoplegia fulminante, del cual, por otra parte, ofrecia el cadáver todos los señales más característicos. Comprometíme por mi honor á no revelar el secreto del suicidio como no fuera en el caso de investigaciones judiciales. Este caso no ha de llegar, si alguna persona mal intencionada no se mezcla en ello; pero yo creo á Tonino capaz de todo. Es conveniente que leais la carta que le escribió vuestra esposa en el momento del suicidio. Os lo exijo por vos y por mí, como por el esclarecimiento de la verdad. En este escrito postrero, debe haber manifestado ella, indudablemente, su resolucion de

morir; ha de ser prueba de vuestra inocencia, de la que no debeis desprenderos para ponerla en manos de un hombre que será vuestro enemigo, si cree que no ha de aventurar nada y que sus intereses se lo exigen.

El nombre de Tonino me hizo encoger de hombros.

—Tonino es el único heredero de mi esposa, respondí, y no ha de ser mi enemigo sino en caso de desavenencia, que no ha de llegar.

—¿Por qué no? Vuestra esposa debe haber arreglado sus disposiciones para aseguraros toda su fortuna, ó, cuando menos, el usufructo.

—Mi mujer sabia perfectamente que semejantes disposiciones serian un ultraje para mí; y no ha de haberlas tomado.

—¡Un ultraje! exclamó el doctor; ¿por qué habian de ser un ultraje?

—Porque habiendo cometido ella una falta durante su juventud, me habia yo casado con ella con la condicion de no aceptar nada suyo durante su vida ni despues de su muerte.

—¡Estais loco, dijo el doctor Morgani; pero como no deja de haber su lógica en semejante locura, debo respetarla, Sylvestre!.... ¿Pero qué va á ser de vos?....

—Nada, seguiré siendo lo que soy; un hombre amante del trabajo sin la menor necesidad de bienestar.

—¡Pero llegarán los años á pesar vuestro! y vuestra salud, que ha sufrido mucho en estos últimos tiempos...

—No os inquieteis por mí. Os juro que no he de conocer la miseria, ó que la sufriré sin manifestarla.

—¿Cómo os arreglareis?

—Sin pedir nada á nadie ni lamentarme jamás.

—Venid, Sylvestre, venid á vivir conmigo. Yo estoy solo, y no soy del todo pobre. Os enseñaré la medicina, y vos me enseñareis á mí todo lo demás. Viviremos y moriremos juntos, lo cual será menos triste que vivir y morir solos.

—Gracias, amigo mio; pero yo no sabria permanecer aquí. Es indispensable que me vaya y que no vuelva jamás.

—Sí, lo comprendo. Sin embargo... ¿no maldecís de nadie? ¿no odiais el recuerdo de vuestra esposa?

—De ninguna manera. ¿Por qué suponeis que...?

—Sylvestre, ¡basta de disimulos entre nosotros! Vos lo sabiais todo, puesto que ella me lo dijo la última vez que le hablé. Yo tambien lo sé todo desde mucho tiempo. Es preciso saber perdonar; hay fatalidades de organizacion ante las cuales ha de ser la medicina forzosamente materialista... Y ¿si os dijera que, aun vos mismo, habeis sido víctima de esta fatalidad, ocasionando el despego á la vida que ha conducido al suicidio á vuestra esposa?

—¿Os lo dijo ella?

—No, pero me repitió por tres veces: “¡Sylvestre no puede amarme ya!”

—¿Se lamentó de mis reproches, de mis arrebatos?

—¡Oh no! ¡muy al contrario! ¡Os hacia plena y completa justicia! Por esto os repito: Leed la carta y conservadla; ha de contener probablemente alguna alusion á cierta falta de la que vos quereis anular todo vestigio.

—¿Pero si es un testamento á favor de Tonino, como todo me lo hace creer?

—¡Y eso qué importa! En tal caso, se lo remitireis religiosamente, y, sabreis lo que os haceis.

La observacion fué acertada, y cuando estuve solo, abrí la carta que estaba doblada apenas y completamente abierta. Felicia habia querido en realidad que aquel escrito pasara por mis ojos.

CARTA DE FELICIA

“Basta de esperanza, basta de todo.... ¡El no me ama ni me amará jamás! Su corazon ha muerto, lo hemos matado nos-

otros. Desde hace un año, estoy luchando para reconquistar su afecto, ó por apagar el que siento por él; me esfuerzo por odiarle, y, á veces lo consigo. ¿Puede mujer alguna perdonar el más sangriento de los ultrajes, la indiferencia? ¡Y sin embargo, voy á morir para que él me perdone á mí! Muerta, me compadecerá tal vez, sentirá tal vez algun pesar, tendrá piedad de mí, y recordando indudablemente que me amó, olvidará mi crimen; me conservará en su corazon, purificado por el castigo que no ha querido él imponerme, y que yo me he infligido á mí misma. ¡La muerte! es todo lo que yo puedo hacer, porque mi vida no puede rehacer nada. He querido escribir esto: No quiero que de ninguna manera puedas creer que he muerto por tí, y que te echo de menos. No, te desprecio y te maldigo. Y no creas, no, en verdad, que estoy encolerizada contigo; he intentado perdonarte y amarte todavía; ¡qué no habré intentado en todo un año, para huir del horror del aislamiento! Todo ha sido inútil. El desagrado que yo inspiraba á Sylvestre, lo he sentido y sufrido por tí. ¡Infame! tú vendrás á recoger mi herencia, ¿no es eso? Vivirás en mi casa. ¡Tu esposa se acostará en mi lecho y á tulado! ¡y, mientras ella descansará á tu derecha, tú verás á la izquierda mi eterno cadáver!

„¡Oh! ¡Dios mio! ¡morir ya, jóven aún, fuerte y llena de voluntad! Yo no puedo en verdad imaginarme que es lo que la muerte viene á ser. Lánzome, pues, así, á lo desconocido, como quien se precipita en las tinieblas, sin saber si va á caer en un abismo ó en el vacío eterno. ¡Tal vez no se caiga del todo! Tal vez se encuentre uno luego de pié y activo, ante una nueva deshonra, entre otros séres, otros padecimientos y otras ideas. ¡Ah! ¡puesto que olvidamos, indudablemente, esta vida que voy á dejar, no puedo dejar otra cosa que el olvido! ¡Basta con saber que estoy deshonrada y que se me desprecia! A este precio, aceptaria gustosa los tormentos más atroces y el mismo fuego del infierno con todos sus horrores.

„¡Ah! yo no sé, á la verdad, si hay un Dios, pero siento que existe una justicia, porque he sido yo bien castigada. ¿Después de haber sido tan dichosa, tan amada y honrada, verse desdeñada y sola, sintiéndose la más completa impotencia de reconquistar la estimación?...

„¡Ni aun él mismo ha podido hacer nada! quiso amarme, pero se interpuso entre él y yo una fuerza que me rechazaba. Bien claramente me había él predicho que, desde el día en que dejara de amarme, seria yo para él como mujer agena é indiferente. En ello está mi culpa toda entera. Hubiera yo debido casarme contigo y engañarte á tí para él. ¡Tú me lo hubieras perdonado, tú que careces de corazón y que el dinero te consuela de todo! Hé aquí lo que yo de tí creo, hé aquí mi adiós. El lo leerá, él á quien yo no me atrevo á hablar. Escupiré sobre tu nombre y sobre mi herencia que ensuciarían sus manos impecables; pero no escupiré sobre mi tumba. Derramaré sobre ella flores, ¡y, quien sabe, si alguna lágrima!... ¡Ah! Sylvestre. ¡si supierais cómo os he amado!... Pero no podríais creerlo, vos no alcanzaríais á comprender cómo es posible que ame uno mismo y haga traición.— Vos... No, no quiero hablarle, le irritaría. Todo lo que sea vida mía le es á él amargo y repulsivo. Adelante, es preciso morir. Siento, sin embargo, el horror de la muerte, y jamás hubiera creído llegar á ella. He estado frecuentemente y por largo tiempo enferma para contar con ella y librarme de mis tormentos... Llegué á curarme, no sufro ya de cuerpo, pero el alma me está turturando. ¡Es preciso que me dé á mí misma esta muerte que me está dando miedo!... Pues bien, razón de más: si yo tuviere deseos de morir, si me sintiera agotada, enferma, ó falta de fuerzas, ¿dónde estaría el valor? ¿dónde el castigo?

„... He concluido, he agotado el vaso. ¿Sufriré? ¿será ello largo? Siento fuerzas aun, veo claro, clarísimo todo el espacio de mi vida, y, no he de excusarme. Sylvestre, admirable; tú,

infame; yo... el orgullo me prohíbe aceptar el calificativo. Yo he cometido indudablemente un grave crimen; pero, ¿para que humillarme cuando nada ha de alcanzar á borrarlo? Solo la muerte... ¡Ah! morir pronto!—Sí... desde luego. Ya no puedo pensar.—Todo es confuso, todo vago, todo me aplasta. Todo me... nada no... Felicia... treinta y dos años... muerta por... no lo sé.,

Leí y releí repetidas veces esta carta desgarradora, que copié luego para conservarla, y remití el original, yendo como carta de negocio, allí donde el amor había matado á Felicia.

Yo me preguntaba, sin embargo, con horror, si no era yo al par de él, el asesino de aquella desventurada. A juzgar por los hechos ¡ay, sí! indudablemente. Yo hubiera podido sacrificarle mi amor, y ella hubiera podido vivir. Yo no creí en el suyo; estaba mezclado con un año entero de resentimientos y de cólera. El orgullo herido había acarreado el odio y la desesperación. Si hubiera yo sabido fingir, la hubiera salvado; pero las naturalezas que no saben mentir lo intentan en vano. ¿Podía yo reprocharme el no haber sido hipócrita? E igualmente, antes de su muerte, ¿podía yo perdonar á aquella mujer que no había querido aceptar la consecuencia inevitable de su extravío, y que parecía pretender castigarme de su falta, infligiéndome un remordimiento eterno?

La perdóné sin embargo. Veía yo en aquel suicidio la parte mal alumbrada, pero real, de cierta grandeza nativa. Felicia había aspirado á lo ideal sin comprenderlo bien. Había sentido sed de honor, había creído que puede perderse y recobrase, puesto que, caída ya, había merecido mi consideración y recibido mi fe. No había tenido libertad para reflexionar, en el día de la segunda caída, y luego de ésta había sido ménos libre aún de comprender su situación y la mía. La luz del alma

no atraviesa jamás impunemente ciertas sombras. La conciencia se va desvaneciendo, la llama interior va palideciendo poco á poco. Entre esta turbia claridad de su razon y de sus afecciones hácia mí, esperaba purificar con una muerte que ella creia heróica, y en la cual el ateismo no habia por cierto evitado el miedo. Esto era horroroso, pero habia ella, en verdad, creído, hacer lo contrario de una cobardía, puesto que contaba que con el sacrificio de su vida se redimiria á mis ojos. ¡Pobre Felicia!

Arreglé yo por mí mismo con respetuoso cuidado el cuarto en el cual habia dormido su sueño postrero, y cuando llegó la noche, satisface su última voluntad yendo á cubrir su tumba de flores. Lloré con todo el dolor de que era susceptible mi alma, y le remití con todo fervor el perdon absoluto que puede y debe abrir los horizontes de esta vida.

Retirábame á eso de la media noche, cuando encontré un hombre que procuraba ocultarse para no cruzarse conmigo á la puerta del cementerio. Reconocíle sin embargo, á pesar de su cuidado en esconderse. Era Sixto More.

—¿Por qué me excusais? le dije. ¿No hay por ventura bastantes recuerdos tristes en este triste lugar?

Precipitóse llorando en mis brazos sin decir por de pronto una palabra; habia amado, realmente, mucho á Felicia.

—M. Sylvestre, dijo despues de habernos alejado un poco del cementerio, es preciso que lo sepais todo. No ha sido la ruindad de su amante, ni la altivez de su marido las que la han muerto, han sido mis amenazas, ¿he sido yo!

—¡No es cierto, Sixto, es imposible! ¿habeis faltado por ventura á vuestro juramento?

—¡Yo no habia jurado no decirle nada! Estaba, pues, en

libertad de recordarle su falta y de echarle en cara la infelicidad de mi existencia. El azar nos puso frente á frente hace ocho dias, en un lugar desierto en que vagaba ella como alocada, y en el cual he de confesar que no procuré evitarla. Yo era desgraciado ¡ay! desgraciado por culpa suya, hacia mucho tiempo! Sentia necesidad de decirle que ella habia engañado á un hombre virtuoso, que estaba echando de ménos á un miserable, y que si hubiese sido mi mujer, la hubiera yo hecho pedazos. Tuvo miedo de mí. Intentó aplacarme, y me volvió todavía más loco, porque se manifestó coqueta, y... ¡me mintió! Pretendió haberme amado, dándome á entender que podia amarme todavía. Ví su comportamiento y la llamé infame. En fin... matadme, si quereis; ahora estoy yo tambien cansado de la vida; no me defenderé. Esta mujer me hizo perder la razon. Me hizo aparecer culpable ante vos, ante vos, que me habiais sublimado y considerado digno. Ella no me amaba en realidad, luego me lo dijo. Y no quiso ya volverme á ver. Me escribió que queria matarse. No quise yo crearla, y, se ha matado. Ahora bien, vengaos en mí, M. Sylvestre. Esta mujer era víctima de pasiones terribles; me habia pertenecido ya antes de ser de Tonino ni vuestra. Yo queria casarme con ella; ella fué quien se apartó de mí y me puso en el caso de faltarle. Matadme, os digo, ó concededme antes ocho dias, porque me falta un deber que cumplir; es necesario antes que yo acabe con aquel que nos ha ultrajado á los dos.

—Hablad, explicaos mejor todavía, le dije, basta de reticencias, quiero saber si queda aún algo que reprocharme sobre la muerte de esta desgraciada. ¿En aquel lugar desierto, de hace quince dias, fué vuestra esta mujer?

—Sí.

—¿Por miedo á vuestras amenazas?

—Por miedo á mis revelaciones; pero no la amenacé con ello, porque estaba cohibido por mi palabra.

—¿De qué la amenazasteis entonces?

—De ir á provocar á Tonino para poder matarle.

—¿Y le impusiste como condicion, para desistir de vuestro proyecto, el que os perteneciera?

—¡No! os lo juro ante Dios, no. No le impuse condicion alguna, nada le pedí, porque no queria nada suyo. Fué ella quien atrajo mi corazon y mi espíritu con miradas y palabras á las cuales un hombre locamente enamorado no habia de poder resistir. Soy, pues, culpable, pero no por cálculo ni premeditacion; y vos... vos mismo sois culpable tambien en cierto modo, no sé cómo decíroslo... Era necesario que volviérais á ser el amante de vuestra mujer. Sus pasiones no se hubieran, por cierto, extraviado.

—Una palabra todavía. Estais exaltado, pero sois sincero. Despues de recibir los postreros abrazos de esta mujer que no estimabais, ¿os creiais uno de tantos? ¿La bendijisteis por la dicha que acababa de concederos? ¿Os prometió fiar de vos? ¿Os separasteis vos estando ella enamorada? ¿estabais seguro de vos? ¿Hubo en vuestras almas un momento, un solo momento de olvido del pasado y de esperanza de una reconciliacion en lo porvenir?

—¡No! Estábamos violentos uno y otro, avergonzados, y, creo que odiándonos. Díjele yo: “¡Vete, vete, no me hables! capaz seria de arrojarte al torrente.”

—¿Y ella, entonees?

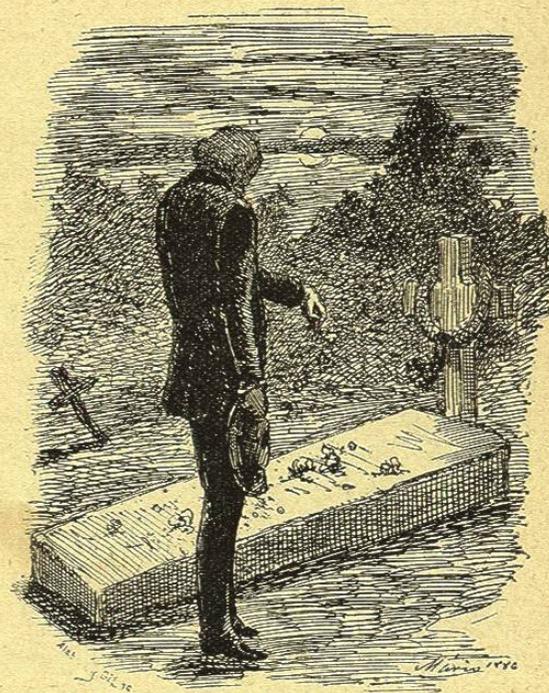
—Entonces ocultó la cara entre ambas manos, desapareciendo sin volver la cabeza.

—¿Y luego, vos habeis sin embargo procurado y solicitado verla de nuevo?

—Sí, para asesinarla, sí; esta ha sido desde entonces mi idea fija.

—Pues bien, Sixto, este es el efecto del amor que sobrevive á la estimacion, y hé aquí porque yo no he querido, porque

no he debido volver á ser el amante de mi esposa. Idoos. No profaneis su tumba con vuestro adios. Vos no teneis derecho á rogar por ella. Os prohibo que os acerqueis al lugar donde reposa. Os prohibo igualmente que os vengueis de Tonino. Yo no puedo castigaros á vos ni á él, sin atentar á la memoria de Felicia en el aprecio público. Es lo único que le queda. Que mueran con ella sus secretos. En nombre del Dios misericordioso que ha recogido su alma y cuyos designios ignora-



mos, os encargo que dejéis vivir á Tonino. Felicia ya no le pertenece, como no pertenece á vos ni á mí.

Sixto bajó la cabeza, y se retiró, sin decir una palabra más. No he vuelto á verle.

Quise yo todavía absolver á aquella de quien acababa de saber un nuevo extravío. Cogí un puñado de flores en el prado cercano, y volviendo á esparcir las sobre su tumba, exclamé:
—¡Olvida mis heridas y cure Dios las tuyas!

XLIV

EL día siguiente se me pasó como un sueño, casi sin conciencia de lo que pasaba en torno mio. Me pedían que dispusiera y diese órdenes, sin que comprendiera de lo que se trataba ni qué me querían. Por fin, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, alcancé sacudir en parte mi torpeza. Entregué todas las llaves, enterándole del estado de todo lo de la casa al más anciano y más honrado de todos los criados; despues de lo cual, no llevando conmigo más que algunos instrumentos indispensables y mis documentos particulares, fuime á esperar en casa del doctor el derecho de partir sin que mi marcha pudiese parecer una huida.

Tres días despues llegó Tonino. No se atrevió á pedir para verme, y sin embargo, al verse dueño de aquellos bienes que temiera sin duda tener que compartir conmigo, espantóse de la posesion absoluta de aquella mal adquirida riqueza, pensando en señalarme una pensión. Llegó á concebir esta última bajeza. Morgani, sabiendo perfectamente cuál había de ser mi